todo su asiduidad en distribuir á los pueblos la santa Eucaristía (Le Blant., n. 421). HOC IACET IN TVMVLO SACRA QVI MYSTI || CA SEMPER DIVISIT POPVLIS.

Del mismo modo, hasta la época de que hablamos, los obispos delegaron poco á poco en los curas párrocos el poder de *reconciliar* á los penitentes en caso de necesidad y á los herejes en peligro de muerte, pero solamente en ausencia del obispo (*Conc. Carthag.* III, c. 32-36.—*Conc. Araus.* I. c. 1); de excomulgar los fieles de su parroquia (Hieron. *Epist. ad Heliod.*—Augustin. *Epist.* CCLV), en virtud de una sentencia del obispo; de visitar á los enfermos y de administrarles el sacramento de la extremaunción (Innoc. I. *Epist.* VIII. *Ad episc. Eugub.*); de bendecir las casas privadas, tanto en la ciudad como en el campo (*Conc. Rejense*, an. 479). Además, como estaban obligados á celebrar en sus propias iglesias la liturgia salmódica (véase el artículo *Liturgia*), les correspondía elegir los *salmistas*, ó sea los clérigos cantores (*Concil. Carthag.* IV, c. 10); y desde el siglo VII aumentaban ó disminuían á su placer el número de sus clérigos, segun las rentas de sus iglesias (*Concil. Emerit.* an. 666, c. 18), porque tenían necesidad del auxilio de cierto número de clérigos, atendiendo á que desde el siglo VI celebraban en sus propios *títulos* la liturgia del sacrificio en toda su integridad. Además decían alguna vez dos misas, una en su propia iglesia, la otra en algun oratorio comprendido en la circunscripción de su parroquia, y esto para satisfacer á la multitud de fieles. Desde entonces los obispos, considerando decididamente á los curas párrocos como los cooperadores de su obra episcopal (*Concil. Aquisgr.* II, 5), les entregaron la instrucción de los clérigos afectos á su título, y colocaron bajo sus órdenes á los sacerdotes de su parroquia respecto á todo lo concerniente á la liturgia (Capit. Car. Magn., l. V, c. 49-50) y la inhumación de los muertos (Hincmar. Rem. *Capit.*, t. II, c. 49). Debemos terminar aquí este estudio, que ha traspasado los límites de la antigüedad propiamente dicha (véanse los artículos *Títulos* y *Parroquias*).

D.

DALMÁTICA.—La dalmática es un vestido sagrado (Georgii. *Liturg. Roman. pontif.*, l. I, c. 22) usado por la Iglesia desde la más remota antigüedad. Los Romanos la habían tomado de los Dálmatas, y se adoptó como vestido de distinción desde el siglo II. La Iglesia lo aceptó á su vez. Cree Visconti (*De apparat. miss.*, l. III, c. 25) que la aplicación de este vestido á las costumbres eclesiásticas es anterior á San Silvestre, y Andrés du Saussay es de la misma opinión (*Panopl. episc.*, l. VI, c. 3 y 4). Sábese, en efecto, que San Cipriano iba vestido con la dalmática cuando fué al martirio. La dalmática era muy larga, extendiéndose hasta los talones: tenía anchas mangas que llegaban solamente al codo; en un principio fué siempre de color blanco. Después se la adornó con bandas de púrpura á ambos lados del pecho (Isid. Hisp. *Orig.*, l. XIX, c. 21). Pueden verse dalmáticas casi iguales al tipo primitivo en varios mosaicos de las basílicas romanas (Ciampini. *Vet. monim.*, II, tab. XXII-XLVII *et alibi*), y todavía mejor en un vaso de fondo de oro publicado por Boldetti (*Cimit.*, pág. 202), en el cual se ve un personaje que agita un *flabellum* alrededor de la cabeza de un niño sentado sobre las rodillas de su madre (véase este vaso en el artículo *Matrimonio*, II). Aquí la dalmática está lujosamente adornada y tiene en los hombros *calliculæ* que llevan una pequeña cruz. No podemos citar, en este género, nada más antiguo. Un bajo relieve de la iglesia de Santa María della Valle en Cividale, en el Friul, monumento del siglo VIII, representa personajes vestidos con dalmáticas que no se separan de la forma primitiva (véase Mozzoni. *Tav. cronol. sec.*, VIII, pág. 96).

En toda la antigüedad la dalmática fué uno de los vestidos del soberano pontífice cuando oficiaba de pontifical. Juan el Diácono (*Vit. S. Greg.*, c. 84) menciona la dalmática de San Gregorio el Magno (véanse además los órdenes I, III y IV). Muy pronto concedieron los Papas su uso á los obispos en señal de distinción y recompensa; éstos la solicitaban á veces de la Santa Sede, ya para ellos, ya para sus diáconos, cuyas funciones fueron importantísimas en la primitiva Iglesia. Esto es lo que parece desprenderse de una carta del Papa Zacarías á Austroberto, obispo de Viena (*Biblioth. vet. Floriac.*, pars. III, Lugdun., 1605): *Dalmaticam usibus vestris misimus, ut quia Ecclesia vestra ab hac sede doctrinam fidei percepit, et morem habitus sacerdotalis, ab illa etiam percipiat decorem honoris.* Aquí el envío de la dalmática se representa como una señal de comunión de una Iglesia particular con la Iglesia romana. Por análogo motivo la concedió San Gregorio á San Arey, obispo de Gap, y á su arcediano (Greg., lib. VII, epist. 112, ind. II).

Vese, por lo expuesto, que en la Galia, mientras la liturgia galicana estuvo en vigor, es decir, hasta Adriano I, los diáconos no usaban sin un privilegio del soberano pontífice, la dalmática, sino solamente el alba y la estola (véase Martène, *Anecdot.*, t. V, pág. 90). En esta época era el distintivo especial de los diáconos de la Iglesia romana, que parece la recibieron del Papa San Silvestre en sustitución del *colobium*.

Pero hasta el siglo V parece que estuvo reservada á los obispos y á los sacerdotes de otros puntos que no fuera Roma, donde la llevaban los diáconos. El Papa Sinmaco la concedió á los diáconos de la iglesia de Orleans (*Vit. Cæsar Arelat.*, I, c. 21.—Cf. Pellicia, I, página 201), y en el siglo VI fué cuando se concedió su empleo, en general, para todos los diáconos.

Los obispos han conservado la costumbre de usar la dalmática debajo de la casulla en la misa pontifical (véase Ciampini. *De sacr. ædif.*, tab. IV.—Asunto grabado en nuestro artículo *Casulla*), y unos sacerdotes, dice Valfrid Strabon (*De reb. eccl.* c. XXIV), se creyeron en otra época con derecho á hacer lo mismo, sin que se sepa fuesen reprendidos ni por el Papa ni por los obispos (Boquillot. *Liturg. de la messe*, pág. 146).

En los monumentos antiguos se ve empleada la dalmática por cualquier personaje, y aun por mujeres, como vestido ordinario; y no es raro que se la confunda, ya con la simple túnica, ya con el *colobium*. He aquí un ejemplo tomado de un fresco del cementerio de los Santos Marcelino y Pedro, *inter duas lauros* (Bosio. *Rom. sott.*, pág. 377). El *colobium* y la dalmática son túnicas talares; pero la dalmática tiene las mangas anchas, la túnica ordinaria las tiene estrechas, y el *colobium*, ó carece de ellas, ó las tiene muy cortas, llegando al codo todo lo más (véase Rubenius. *De re vestiar.*, passim, y los grabados de nuestro artículo *Colobium*).

DANIEL.—La historia de Daniel es una de las que los primeros cristianos han reproducido con más frecuencia en los monumentos de todas clases.

1.° Sábese que este profeta había envenenado al dragón de los Babilonios (Dan., XIV, 22), la sagrada serpiente que era adorada, no sólo por este pueblo, sino también por los Egipcios, los Tirios y aun otras naciones, al decir de Herodoto (l. II, 44 y 45). Debemos indicar desde luego los monumentos bastante raros que se refieren á este primer asunto. Figura, en primer término, un sarcófago del cementerio del Vaticano (Bottari, tav. XIX.—Cf. Aringhi, I, 289). Vese allí á Daniel, vestido con la túnica y el pallium, y de pie delante de un altar, del cual se elevan unas llamas, presentando con las dos manos extendidas al dragón, que se enrosca alrededor de un árbol colocado detrás del altar, aquellas especies de pasteles que él había compuesto con pez, manteca y cera (Dan., XIV, 26), con objeto de matar al dios, como se propuso conseguirlo, *sin espada* y *sin bastón* (vers. 25).

Esta composición es de un gusto tan puro y tan conforme con las mejores tradiciones del arte antiguo, que ha hecho suponer al doctor Labus que no pudo ser concebida sino por un artista cristiano del siglo III, que debió tomar el modelo del reverso de una medalla de Conmodo que representa una serpiente rodeando un árbol con los pliegues de su cuerpo, mientras que se le ofrecen libaciones en un altar. El mismo asunro se encuentra en un sarcófago de Verona (Maffei. *Verona illust.*, part. III, pág. 54), pero con algunas variantes: aquí la serpiente no está enrollada alrededor del árbol; parece salir de un templo, delante del cual hay un altar. Un sarcófago de Arlés (Musée, n. 17) presenta la escena de una manera poco diferente. Daniel está representado antes del suceso: levanta la mano derecha hacia el cielo, en señal de invocación, sin duda, y la serpiente está detrás de él, al pie de un altar.

Un fondo de copa publicado la primera vez por el P. Garrucci (*Vetri.*, III, 13), representa este hecho con el interesante detalle de que el Redentor está figurado detrás de Daniel, quien en el acto de ofrecer la mortal pasta al dragón que sale de una caverna, se vuelve hacia el Salvador, de quien es figura y de

quien espera auxilio en esta crítica circunstancia, como el dragón es la figura de la serpiente infernal.

2.° La muerte del dios de los Babilonios valió al profeta ser, por segunda vez, arrojado á la cueva de los leones (ibíd., v, 30), donde estuvo seis días sano é ileso; y este es el asunto que, con frecuencia, reproducen las pinturas y las esculturas de las catacumbas, y, en general, los monumentos de todas clases de la antigüedad cristiana. Habiéndose prohibido por los primeros cristianos, como tendremos ocasión de observarlo frecuentemente, toda representación directa de los sufrimientos y de la pasión del Redentor, se indemnizaron de tal prohibición por alegorías é imágenes simbólicas destinadas á recordarles aquellos dolorosos misterios, y este es uno de los más notables (véase Hieron. *In psalm.*, xvi). Ese asunto tenía también por objeto figurar á sus ojos el símbolo de la resurrección, cuya esperanza los sostenía en medio de las pruebas (Hieron., *In Zach.*, ix). La figura de Habacuc, llevando alimentos al profeta por mandato de Dios (Dan., xiv, 32-33), deja difícilmente de completar el cuadro pintado por el texto sagrado, y en un bello sarcófago del museo de Letrán, se le ve también asido de los cabellos por la mano del ángel, según la relación del sagrado texto:

«El ángel del Señor le cogió por lo alto de la cabeza, y asiéndole por los cabellos, le llevó, con la celeridad y la presteza de un espíritu, á Babilonia, donde le puso en la cueva de los leones» (ibíd., 35).

El asunto representado en esta última condición, se ve también en una tumba de Brescia (Odorici. *Monum. di Brescia.* — Cf. Le Blant en el tomo xxxv de las *Mém. des anticuaires de Franc.*, pág. 77). La mano del ángel sale del cielo, figurado por siete estrellas, y el profeta ofrece á Daniel un pan y un pez, doble símbolo de la Eucaristía. He aquí esta escultura.

Todos los bajos relieves y todas las pinturas, á excepción de dos ó tres, presentan á Daniel en estado de completa desnudez. Para hallar una modificación de esta costumbre, Emerico David llega hasta el siglo x, en el cual el menologio de Basilio ofrece al poeta vestido. Podemos, si no me engaño, encontrar otros ejemplos en épocas mucho más remotas. En dos frescos del cementerio de Priscila, que no deben proceder de más allá del siglo vi, Daniel aparece ya con una especie de manteleta, la cual, cayendo desde el hombro sobre el costado izquierdo y doblándose bajo el brazo derecho, viene á desempeñar el papel de la hoja de higuera que se ve en las representaciones de Adán y Eva cerca del árbol de la ciencia (Bottari, t. clxvii-clxx). Esta interesante circunstancia se nota también en la figura de Habacuc del bajo relieve de Brescia arriba reproducido. También se le ve en un fragmento de sarcófago de un estilo bastante mejor que el de estos frescos, y sin duda más antiguo que ellos (ídem, cxcv), provisto de un sudario, dispuesto exactamente como el que se da con frecuencia al Salvador en la cruz. Lo observamos vestido con la túnica ceñida y la *penula* recogida en los brazos y cayendo con gracia por detrás, y además con un calzado alto, en un antiquísimo sarcófago de Rávena descrito por Ciampini (*Vet. mon.*, ii, pág. 7, tab. iii). El mismo profeta aparece todavía vestido con una túnica de mangas en un medallón de bronce de la colección del Vaticano, en el cual no está, ni sentado, según el relato del libro sagrado, *sedens in medio leonum* (Dan., xiv, 39), ni de pie, según el tipo ordinario, sino de rodillas (Bottari, ii, pág. 26).—Un bajo relieve de bastante buen gusto, y probablemente anterior á los monumentos de las catacumbas, encontrado en Chémila, en Argelia, y publicado por el comandante de la Mare (*Rev. archeol.*, vi an., pág. 196), presenta á Daniel cubierto con el gorro frigio, llevando un vestido ajustado que se prolonga hasta debajo de los pies y forma el calzado, y sobre el cual lleva ancha capa. El asunto está aquí fragmentario: falta la parte donde debería encontrarse uno de los leones; pero el otro está ejecutado con cierta perfección.

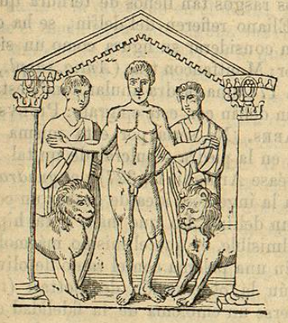
Aparece vestido con una túnica exómida en un fresco enteramente primitivo del cementerio de Domitila (véase de'Rossi. *Bullet.* 1865, pág. 42). Este es el más antiguo ejemplar conocido de este tipo. Para que el personaje fuese más visible, el artista ha tenido la ingeniosa idea de colocarle sobre un montículo.

En la cueva de los leones se ve siempre á Daniel de frente, en actitud de orar, es decir, con los brazos extendidos y á veces levantados al cielo, así como los ojos (Ciampini, *Vet. mon. loc. laud.*). Dos leones únicamente están á su lado, aunque el texto sagrado haga mención de siete. El poeta Draconcio (*De Deo*, l. iii, vers. 183) describe esta escena, sin duda, según las pinturas que había visto, y que son las que poseemos todavía, como lo hace notar su editor Arévalo (*Adnot* in h. l.):

> Sæva Danielem rabies atque ira leonum
> Non tetigisse pium, cui destinat insuper escam
> Magna Dei pietas jejuno utroque leone.

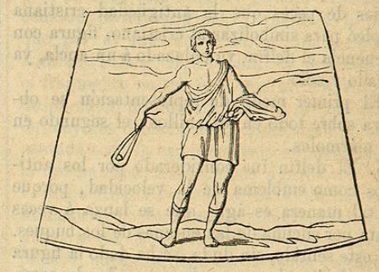
Cerca de Daniel se encuentra casi siempre, como hemos dicho más arriba, Habacuc presentándole panes cruzados ó *decussati*, ordinariamente colocados en un vaso (Bottari, tav. xlix y *passim.*); á veces no se ve en las manos de este personaje sino una cesta con asas (ídem, lxxxix y *alib.*). En el medallón del Vaticano, citado más arriba, Habacuc, con la mano izquierda extendida sobre el borde de una valla semicircular que rodea la cueva, ofrece á Daniel un vasito en forma de barquilla, conteniendo alimentos cuya naturaleza no puede distinguirse; y en la derecha lleva, apoyado contra su hombro, el *pedum* ó bastón pastoral. Los alimentos llevados por Habacuc á Daniel simbolizan el consuelo que las oraciones de los vivos llevan á las almas del purgatorio (véase Aringhi, ii, 504): tal es la opinión de un gran número de Padres. También representan, como más arriba se ha dicho, la figura de la Eucaristía (véase el artículo *Eucaristía*). Pero al lado opuesto se ve otro personaje elegantemente envuelto en el *pallium*, del cual sale una mano, extendida hacia Daniel en la actitud de la bendición latina (véase el artículo *Bendecir*), y quizá simplemente en la de la alocución. Los intérpretes dejan esta figura sin explicación. ¿No podría decirse que la intención del artista ha sido recordar la presencia de Dios, calmando, en favor de su profeta, el furor de los leones?

El sarcófago de Junio Basso (Bottari, tav. xv) muestra á Daniel entre dos personajes que llevan en la mano un volumen enrollado, respecto á cuyo asunto no nos deja el sagrado texto en la misma incertidumbre: representan, sin duda alguna, los sátrapas que habían promulgado y aplicado al profeta (Dan., vi) una ley que condenaba á ser arrojado á los leones á cualquiera que, en el espacio de treinta días, dirigiese una petición á una divinidad ó á otro hombre que no fuese el rey de Persia.



Podríase, por lo demás, multiplicar mucho las citas de particularidades que acompañan á este asunto; como una pintura mural del cementerio de los Santos Marcelino y Pedro, donde la cueva tiene la forma de una especie de barquilla ó de cofre oblongo, cuya parte anterior está en hueco y la posterior se asemeja al espaldar de un asiento (Bottari, tav. cxxii), y, por último, un fondo de taza (Buonarr., ii, 3) que á ambos lados del profeta, que está desnudo y con los brazos extendidos, según el tipo ordinario, ofrece, en lugar de los leones, dos plantas en flor. El P. Garrucci publica un vaso casi igual (*Vetri.*, iii, 12). El asunto de Daniel no es frecuente en los mosaicos; se ve, sin embargo, en el de la cripta de los Santos Proto y Jacinto, en el cementerio de San Hermes, mosaico recientemente descubierto, pero, por desgracia, incompleto; no queda más que una parte del cuerpo del profeta y la cabeza del león (Marchi. *Art. crist. primit.*, tav. xlvii, *a*, *b*, *c*). Todavía se observa alguna vez en simples piedras sepulcrales (Perret, v, xii, 3), en gemas anulares (ídem, iv, xvi, 8), en lámparas de arcilla (Le Blant), y, lo que es aún más extraordinario y difícil de explicar, nosotros lo poseemos en hebillas de cinturones merovingios, encontrados sobre todo en el Jura, en Suiza y en la Saboya (ídem, pl. xlii, n. 248, 251, 252). Mme. Fèvre, de Macon, posee varias que ha publicado M. de Surigny, distinguido anticuario de esta ciudad, de quien hemos tomado este dibujo.

DAVID.— La única representación que existe de David, para nosotros al menos, en los monumentos cristianos primitivos, es la que se ve en una de las divisiones de una bella



pintura de bóveda del cementerio de Calixto (Aringhi, i, 54.—Cf. Bottari, tav. lxiii) y

que reproducimos aquí. El joven héroe tiene por todo vestido una túnica corta y ceñida, de la cual separa su brazo derecho, que lleva la honda donde brilla la piedra destinada á matar á Goliath (1 *Reg.*, XVII). En su mano izquierda se distinguen las otras cuatro peladas piedras que había escogido en el lecho del torrente (*ibíd.*, V, 40).

A falta de otro mejor, citaremos todavía un mosaico de un trabajo grosero y probablemente de una época inferior (Ciampini. *Vet. mon.*, II, tab. II). David está en él vestido casi como en el monumento precedente, con la diferencia de que va provisto del morral de que habla el texto sagrado. Goliath está armado de un escudo que lleva alrededor de su disco esta inscripción:

SVM FERVS ET FORTIS CVPIENS DARE VVLNERA MORTIS.

«Soy cruel, y fuerte, y deseoso de hacer heridas mortales.»

Sobre su cabeza está inscrito su nombre GOLIA.

El de David se lee también en el campo, detrás de él, pero escrito verticalmente:

D
A
V
I
D

De la boca de David salen estas palabras, trazadas también perpendicularmente:

STERNITVR ELATVS STAT MITIS AD ALTA LEVATVS.

Que es, poco más ó menos, al presente, el texto evangélico (Luc., XIV, II): *Qui se exaltat humiliabitur*, *qui se humiliat exaltabitur*, «el que se ensoberbece será humillado, el que se humilla será ensalzado».

Los principales hechos de la vida de David, hasta su elevación al trono, están representados en doce divisiones en un cofre de marfil del tesoro de la catedral de Sens (véase Millin..... *Midi de la Fr.*, atlas, pl. IX, X y XI).

DELFÍN.—(Para que el lector pueda comprender con claridad este artículo, debe leer antes el artículo *Pez*.) Entre las diferentes especies de peces que la antigüedad cristiana empleó para simbolizar al cristiano, figura con frecuencia el delfín, ya enlazado á un ancla, ya aislado y solo.

El primer modo de representación se observa sobre todo en los anillos; el segundo en los mármoles.

I. El delfín fué considerado por los antiguos como emblema de la velocidad, porque en tal manera es ágil, que se lanza á veces hasta por encima de las entenas de los buques. En este sentido, sin duda, se ha dado la figura de un delfín al mango de un estilo de escribir que fué encontrado por Boldetti en el interior de un *loculus* cristiano (Boldetti, página 332). Puede conjeturarse con toda certeza que el difunto pertenecía á la clase de los notarios regionarios que escribían las actas de los mártires en signos abreviados, y con una rapidez que recuerda el pasaje del salmo XLIV (vers. 2), el cual supone evidentemente que esta especie de taquigrafía existía ya entre los Judíos en tiempo de David: *Calamus scribæ velociter scribentis* (véase el artículo *Notarii*).

Esta idea de celeridad, que revela naturalmente la imagen del delfín ha podido inducir á los primeros cristianos á adoptarlo como emblema de la diligencia con que deben, según la recomendación con tanta frecuencia repetida en las Sagradas Escrituras, cumplir las obras de caridad y apresurarse á conseguir la prometida recompensa. Así en el *titulus* de Calimera, publicado por Lupi (*Epitaph. Sev.*, página 53), se ha figurado un delfín con las aletas extendidas y la boca abierta, en señal de un vivo deseo, dirigiéndose hacia el monograma que representa, como sabemos, á Cristo mismo. Así, todavía la tumba de una cristiana llamada Redempta (ídem *ibíd.*, 185) ofrece un delfín en las mismas condiciones de celeridad, adelantándose con una paloma hacia un vaso con asas, símbolo muy usado en los monumentos cristianos para significar á Jesucristo, que ha dicho de sí mismo (Joan, VII, 33): «Si alguno tiene sed, que venga á mí y que beba..... y ríos de viva agua correrán de su seno.» En las marchas fúnebres están con frecuencia dos delfines que se dirigen aceleradamente hacia el crisma rodeado del **A** y la ω (véase Millin. *Midi de la Fr.*, pl. XXXVIII, 8). Munter publica á su vez un monumento de este género (tab. I, n. 24); aquí, sin embargo, las aletas de los delfines no están desplegadas, sino el dorso arqueado, lo cual es también en esta especie de pez un signo de movimiento. Spanheim asegura (*Depræstant. num.*, dissert., IV, 12) que esa es su actitud cuando saltan en el mar y nadan *vectoris instar*.

A consecuencia de las cosas extraordinarias y de los rasgos tan llenos de ternura que Plinio y Eliano refieren del delfín, se ha convenido en considerar su figura como un símbolo de amor: Montfaucon trae (*Antiq. suppl.*, t. III, página 174) una piedra anular donde está grabado un delfín con este epígrafe: PIGNVS AMORIS HABES. ¿No sería por esta misma razón el que, en la piedra sepulcral de un tal *Amianoc* (véase Aringhi, II, 327), el *quadratarius* tuviera la ingeniosa idea de grabar un corazón sobre un delfín? Lo que hace esta hipótesis más admisible, es que el mismo mármol tiene también una paloma con el ramo de oliva.

Según la observación de Bottari (I, 77), debe verse un emblema de la fidelidad conyugal en cuatro delfines que figuran dos á dos á cada lado de la inscripción de la tumba de BALERIA ó VALERIA LATOBIA: autoriza, según

parece, á deducirlo así la escena representada en el cuerpo del sarcófago: los dos esposos dándose la mano (Bottari, tav. XX).

A la vista del lector ponemos un monumento análogo, pero de más elegante estilo, tomado á M. de'Rossi (*Inscr. christ.*, n. 118).

II. El delfín es uno de los símbolos más antiguamente empleados en las sepulturas cristianas. El sarcófago de Santa Petronila, que se ha supuesto mucho tiempo haber sido la hija, al menos espiritual, de San Pedro, está adornado con dicho animal, así como las demás tumbas del cementerio de Domitila (véase de'Rossi. *Bullet.* 1865, pág. 46). El delfín enlazado á un ancla se encuentra particularmente en los anillos de los primeros cristianos. Esta práctica fué, sin duda, inspirada por la prescripción de Clemente de Alejandría (*Pædag.*, III, 102), que en el número de los símbolos destinados á adornar los anillos, coloca el ancla que llama *náutica*, y que quiere sea semejante á aquella cuya imagen tenía costumbre Seleuco de usar en la piedra de su sortija. Luego el interés que tiene este Padre de caracterizar el ancla de Seleuco con el epíteto de *náutica*, ἄγκυρα ναυτική, parece suponer que no se trata de un ancla simple y común, sino de un ancla unida á otra figura, es decir, á la del delfín. Y, en efecto, en tales condiciones la vemos en la mayor parte de las piedras anulares que han llegado hasta nosotros (véase Mamachi. *Antiq. Christ.*, III, 23.—Costadoni, tav. 33, etc.).

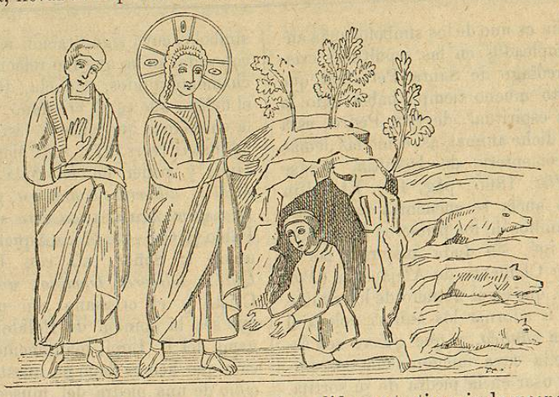
A propósito de una pasta de vidrio del museo Kircher, en la que se halla trazada un ancla con un delfín enlazado, el P. Lupi (*Dissert.* VI, t. I, pág. 236) dice que siendo el ancla el símbolo de la cruz, el pez que está unido á ella debe representar á Cristo crucificado, lo cual deduce de la palabra griega ΙΧΘΥΣ grabada en esta alhaja. Polidori no defiende esta opinión: cree, por el contrario, ver á Cristo en el ancla y al cristiano en el delfín. En efecto, que el ancla haya sido alguna vez empleada como símbolo de Jesucristo, es lo que resulta evidentemente de dos gemas, en las cuales, aunque el ancla se encuentra sola, se lee, sin embargo, el nombre de Cristo para completar el sentido. Tal es la que publica Allegranza (*Monum. Milan.*, pág. 119, not. II), y que presenta, además del **A** y la ω, la cabeza del ancla dispuesta de modo que figura el monograma. Tal es también la que se encuentra en Bottari (III, 31, not. 11); después de haber mencionado algunas que llevan las iniciales I. X., *Jesus Christus*, este anticuario cita especialmente una que presenta las iniciales no menos significativas, aunque más misteriosas, Χριστὸς Βίος, *Christus Vita*. Creemos, pues, que por la reunión, en los anillos, de estos dos símbolos cuya significación nos es, al presente, conocida, se ha querido relacionar, como estrechamente unidos, el ancla, que es Cristo, con el delfín, que es el cristiano, y deducir de ahí la enseñanza que encierra este pasaje del salmo LXXII (vers. 27): «Mi bien es unirme á mi Dios, y poner en El toda mi esperanza», *Mihi..... adhærere bonum est, ponere in Domino Deo spem meam*, y en este versículo de San Pablo (1 *Cor.*, VI, 17): «Aquel que permanece unido al Señor, está con El en espíritu», *Qui..... adhæret Domino, unus spiritus est.* Cristo y el cristiano son uno. Cualquiera que sea la opinión de Polidori respecto á la gema del P. Lupi, mantenemos la interpretación que hemos dado en nuestro artículo *Crucifijo* de una piedra del museo de Viena que tiene cierta analogía con ésta.

Puede suponerse también que, por estos símbolos, los primeros cristianos querían afirmarse más aún en la esperanza que, según las promesas de Jesucristo, tenían en la felicidad futura del Paraíso, esperanza que, en razón de su firmeza y de su estabilidad, es llamada por San Pablo, no solamente *fortissimum solatium*, sino también segura y constante áncora del alma, la cual penetra hasta en las puertas que están detrás del velo, es decir, en las puertas del cielo (*Hebr.*, VI, 19), *incedentem usque ad interiora velaminis.*

DEMONIO Y LOS ENDEMONIADOS (El).—El demonio se representa, por lo común, bajo la forma de una serpiente, según el tipo revelado en el *Génesis*. Los monumentos de Roma lo figuran raramente aislado, salvo, sin embargo, en un fragmento de vaso de la colección de Buonarruoti (tav. I, 2), pero siempre con Adán y Eva en la fatal escena del pecado original, y vuelto á la mujer que por él fué seducida, y nunca hacia el hombre (1 *Tim.*, II, 14). Pero es probable que el fragmento no sea más que un medalloncito desprendido de un vaso, tal vez de una patena de mayores dimensiones, donde estaría representada toda la escena en varios medallones de la misma clase, unidos unos á otros.

M. de'Rossi es quien, con el auxilio de un monumento recientemente descubierto, ha dado por primera vez la explicación de estos pequeños objetos, cuyo destino ó uso se había buscado en vano hasta aquí (véase el artículo *Fondos de copa* y el artículo *Adán y Eva*). M. Perret (II, pl. XLI) ha publicado un fresco del cementerio

de Santa Inés, donde el demonio tentador está representado por un busto humano que termina en una cola de serpiente. Su horrorosa cabeza se levanta por encima del árbol y contempla á sus víctimas con feroz alegría. Algunos sarcófagos de la Galia (Millin. *Midi. de la Fr.*, pl. LVIII, 4, LXV, 4), de una época un poco más remota, llevan la serpiente enroscada alrededor de un árbol, y amenazando con su dardo á unas palomitas en su nido, ó á los huevos de estas tímidas aves. Este es el símbolo del demonio en su función principal, que no es otra sino tender emboscadas á los hombres.



Las escenas de exorcismos mencionadas en el Evangelio, se hallan á veces figuradas en monumentos de distintas clases, pero sólo desde el siglo V. A esta época, poco más ó menos, pertenece un marfil de Rávena (véase Gori. *Thesaur. vet. diptych.*, t. III, tab. VIII) en el que se ve á Nuestro Señor libertando á un endemoniado. Este infeliz tiene los brazos y las piernas encadenados, según la costumbre que nos da á conocer el texto de San Marcos (c. V, v. 4). El Salvador extiende sobre el enfermo su mano derecha dispuesta como para la bendición griega (véase el artículo *Bendecir*), que aquí no es más que un gesto imperioso:

exi, spiritus immunde, ab homine (Marc., ibid., v. 8), y el demonio se eleva por encima de la cabeza del poseído, pareciendo salir de su cuerpo (véase el grabado anterior).

Un mosaico de San Apolinario, de la misma ciudad, reproduce otro hecho del mismo género: es el que refiere el evangelista San Lucas (c. VIII, v. 27 síg.). Aquí el demonio se llamaba *legión*, y Cristo manda á esta legión que invada un rebaño de puercos que se encontraba cerca de allí. El poseído está á la entrada de una tumba que le servía de asilo, detalle que nos revela también el texto sagrado, *qui domicilium habebat in monumentis* (Marcos, c. V, v. 3). Está de rodillas, con las manos extendidas en testimonio de reconocimiento hacia el Salvador, que le dirige su mano y una mirada llena de compasión: Jesús está acompañado de uno de sus discípulos. Detrás de la cueva se ven tres puercos que corren hacia el mar.

DENARISMUS UNCIÆ. — Véase el artículo *Clero*, II, 3.

DESCRIPTIO LUCRATIVORUM.— Véase el artículo *Clero*, II, 3.

DIACONICUM.—Se designaba con este nombre, en las antiguas basílicas, un sitio cerca del altar, donde los diáconos preparaban los vasos y los ornamentos sagrados que debían servir en el sacrificio. Allí era donde los ministros se vestían y se desnudaban. Este lugar se llamaba también *scevophilacium* y *bematis diaconicon*, para distinguirlo del *diaconicum majus*, que era, propiamente hablando, la sacristía donde estaban guardados los ornamentos y los vasos sagrados mientras no se celebraba la liturgia.

DIACONISAS.—La institución de las diaconisas se remonta al tiempo de los Apóstoles (Zeigler. *De diaconis et diaconissis vet. Eccl.*, XIX), como se ve en la Epístola de San Pablo á los Romanos (XVI, 1). Son llamadas πρεσβύτιδες, *seniores*, por el Concilio de Laodicea (can. XI) y por San Epifanio (*Hæres*, LXXIX, n. 4), porque no se elegían para este cargo más que viudas viejas. Se exigía que fuesen *viudas, madres; de edad de cuarenta años por lo menos y que no se hubieran casado*

sino una vez (Tertul. *De virgin. et lib. Ad. uxor.*, c. 7).

Sus principales funciones eran: 1.°, presidir á las vírgenes y á las demás viudas de la Iglesia (*Const. aapost.*, III, 7); 2.°, custodiar la puerta por donde las mujeres entraban en la iglesia ó en el *matroneum* (Idem, XV, 19.— Véase el artículo *Matroneum*); 3.°, instruir á los catecúmenos de su sexo; 4.°, acompañar al obispo para el bautismo de las mujeres, y hacer en su lugar las unciones en todas las partes del cuerpo, además de la frente (Idem, III, 15.—*Concil. Carth.*, IV, 11); 5.°, cuidar de las mujeres pobres y enfermas (Epiph., *loc. laud.* —Hieron., *ep.* II *Ad Nepotian.*); 6.°, por último, asistir á las conversaciones secretas del obispo, de los sacerdotes y de los diáconos con las mujeres (Epiph., *Hæres.*, LXXIX). En tiempos de persecucion, los obispos les confiaban misiones secretas, y las enviaban para servir á los mártires en las prisiones, cuantas veces no podían, por prudencia, enviar á los diáconos (*Const. apost.*, III, 19).

Tenemos en las Constituciones apostólicas, bajo el nombre de Bartolomé (lib. VIII, capítulos 19 y 20), una fórmula de bendición de las diaconisas: Περὶ διακονίσσης, Βαρθολομίου διάταξις, *De diaconissa, constitutio Bartholomei.* Traducimos para los lectores poco familiarizados con el griego: «Respecto á las diaconisas, he aquí lo que dispongo yo, Bartolomé: obispo, tú le impondrás las manos en presencia del presbítero, y también de los diáconos y de las diaconisas; y tú dirás: Dios eterno, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, creador del hombre y de la mujer, que habéis infundido el Espíritu Santo en María (*Exod.*, XV, 20), Débora (*Judic*, IV, 4), Ana (Luc., II, 36) y Holda (IV *Reg.*, XXII, 14); que os habéis dignado hacer nacer vuestro único Hijo de una mujer (*Pseudo-Ignat. ad Antioch.*, 12); que en el tabernáculo del testimonio y en el templo habéis establecido mujeres guardianas de vuestras santas puertas; velad también hoy por vuestra sierva aquí presente, elegida para el ministerio (de diaconisa), y dadle el Espíritu Santo, y purificadla de toda mancha de la carne y del espíritu (II, *Cor.*, VII, 1), á fin de que ejerza dignamente el cargo que se la ha confiado para vuestra gloria y la de vuestro Cristo; con lo cual, gloria y adoración á vos y al Espíritu Santo, en los siglos. Amén.»

En el siglo II algunas diaconisas, descontentas de estas atribuciones, tuvieron la singular pretensión de desempeñar en el culto cristiano el papel que ejercían las vestales en el de los ídolos, es decir, echar incienso alrededor del altar y tocar los vasos sagrados, como las vestales quemaban incienso y tenían el *simpulum* en los sacrificios. Fué necesaria toda la severidad de los primeros pastores para evitar tal abuso, y el Papa Sotero, que ocupaba la Santa Sede en 173, públicó con este objeto un Decreto que pasó al Derecho (Can. *Sacratas*, XXIII dist.): «Sotero, Papa, á todos los obispos de Italia (Epist. XII). Se ha noticiado á la Silla apostólica que algunas mujeres consagradas á Dios, ó sea religiosas, se permitían entre nosotros tocar los vasos sagrados y las santas vestiduras; que semejante práctica es abusiva y digna de represión, no es dudoso para ningún hombre ilustrado. Por consiguiente, queremos, en virtud de la autoridad de esta Santa Sede, que todas esas cosas sean radicalmente suprimidas, y esto lo más pronto posible, y por temor á que esta peste no se contagie más, ordenamos que cuanto antes sea destruída en todas las provincias.»

La disciplina de las Iglesias orientales parece haber sido menos severa. La fórmula de consagración que hemos dado más arriba, supone una especie de ordenación para las diaconisas, en la Iglesia griega en general; y sabemos, en efecto, por el testimonio de diversos autores y de varios rituales citados por Juan Morin (*De sacr. ordin.*, 6, 3, exerc. 10), que, entre otras ceremonias, se les ponía el cáliz en la mano, á fin de que ellas mismas tomasen la preciosa sangre; pero volvían á colocarlo inmediatamente sobre el altar, sin presentarlo á ninguna otra persona. Entre los Sirios tenían poderes más amplios, porque dice el mismo autor: «Se permite (en esta Iglesia especial) á las diaconisas, no sólo recibir el cáliz de manos del sacerdote, sino también en ausencia de éste y de los diáconos, administrar la Eucaristía á sus hermanas en los monasterios, y aun á los niños, siempre que no hayan alcanzado el quinto año.» Todavía tienen el poder de enjugar y lavar los vasos sagrados.

Renaudot (*Liturg. orient.*, 2, II, pág. 125) asegura, sin embargo, no haber observado nada semejante en la disciplina de la Iglesia de Alejandría; ésta no es, á juicio nuestro, una razón para rechazar la opinión de Morin, fundada en fuertes y numerosas autoridades.

El orden de las diaconisas subsistía en Oriente todavía á principios del siglo VIII; pero no se sabe con certeza en qué época desapareció por completo. La mayor parte de las Iglesias latinas lo habían ya abandonado en el siglo V, y en el X no conocían ni aun el nombre (Zeigler, *op. laud.*, XIX, 35, 36, 37).

En ciertas encrucijadas de las catacumbas se ven asientos tallados en la toba, muy semejantes á las cátedras episcopales, pero que, en razón de su posición, no pueden confundirse con aquéllas. Se admite como probable que sirvieron á las diaconisas, porque varios frescos de estos cementerios las presentan sentadas en asientos iguales (Cavedoni. *Ragguaglio crit. delle art. Crist.*, pág. 9). Se cree reconocer dos diaconisas que llevan alimentos á los fieles pobres, en dos mujeres pintadas en el fondo de un *arcosolium* del cementerio de San Hermes, llevando una en la mano un plato, y